

El show de la mente y el espacio

Llego a mi casa, saludo con un beso en la frente a Carla, ella está preparando la merienda. Subo las escaleras. Iba a llegar a mi cuarto, cuando un cuerpecito saltó a mi espalda, al grito de “¡Volviste!”. Ella es Sofi, mi hermana. Doy vuelta hacia su habitación. Ahí tiene todo lo que una niña querría: una cama alta, flores en las paredes y muchísimos juguetes. La ayudo a bajar de mí para sentarnos en la alfombra.

-¿Cómo estuvo el colegio?

-Solitario, aburrido, horrible, con ganas de escapar.

-Normal- respondí

No le iba a decir la verdad a mi hermana, tiene ocho años. No la quiero preocupar.

Después de jugar con sus muñecas, lo que en el fondo me divierte, ella se fue a merendar y yo, a mi cuarto.

Eran las nueve. **Hora del show.**

Acerqué el telescopio a la baranda, dejando lugar para la silla. El balcón era lo suficientemente grande para entrar cómodo y que sobrara lugar. Me senté a preparar los últimos detalles, ese día lo necesitaba más que nunca. Cuando terminé de calibrar el aparato, le puse play a la música.

Comienzo a observar hacia cualquier parte. Me gusta comenzar viendo las galaxias. Algunas son impresionantes. Mis ojos están acomodándose a la oscuridad. Me adentro con cautela tratando de reconocer todas las masas posibles. **Comienzan.**

Desde chico me gustó el espacio. Para un nene el espacio es mágico. Ahí todo es posible: extraterrestres, sables de luz, zorros que hablan, todo. Para mí aún lo es. Era lo que compartía con mi papá.

Cuando tenía la edad de Sofi, me encantaba mirar por mi pequeño telescopio junto al suyo, pero no podía aprender los nombres de los planetas. Él lo que hizo fue enseñarme los significados

que se les da en la astrología, para que los asociara a un recuerdo. Al final, los aprendí memorizándolos, pero ellos siguieron guardando mis secretos.

Giro el telescopio hacia la izquierda. Ahí está: **Júpiter**, con sus colores crema y marrón. Cuando tuve mi primer telescopio, este fue el primer planeta que pude ver, y fue mi favorito por años. Se dice que este planeta brilla muchísimo más de lo que debería, por eso, es el que guarda las cualidades ocultas. Mi primer planeta.

Desde que tengo memoria, canté. Al principio solo en actos escolares, como el resto. Luego, el profesor de música me invitó al coro, acepté. Para ese momento, en las cenas familiares siempre cantaba para ellos.

En sexto llegó un chico nuevo, Martín, se unió al coro y por primera vez sentí inseguridad. Le dieron todos los solos y pasé a estar al fondo. Algunos se burlaban, decían que era para “chicas” y yo no era tan fuerte como él para contradecirlos. Me quedé callado.

En secundario preferí pasar desapercibido, dejando el coro. Hace ya cuatro años que canto en mi habitación solo, a las estrellas. Al espacio. Aprovecho cuando atardece, que el sol naranja ilumina mi cuarto, para darles la bienvenida a una nueva noche y me descargo con alguna canción.

Suelo creer que fue una buena decisión alejarme del canto, pero de vez en cuando sigo fantaseando con llenar estadios, ser famoso, inspirar a las personas. Luego recuerdo que no vivimos en un mundo como el de las películas, donde no todos los sueños se hacen realidad y me desanimo. Seguro Martín podría, no yo. No tengo el carácter para hacerlo, ni siquiera para proponermelo.

Siento un nudo en la garganta mientras pasan imágenes en mi cabeza de lo feliz que se veía Martín en las muestras de canto escolares. Yo no podría.

Cierro los ojos un momento. Dejo que la furia se vaya. Vuelvo a poner mi mente en blanco. Cambia la canción. Pestañeo un par de veces. **Sigamos.**

Giro despacio el aparato, haciendo una especie de “escaneo” hasta que lo encuentro. **Saturno.** El planeta de los anillos. Era el favorito de él. De mi papá. Decía que le hacía acordar de mí.

Nunca lo nombraba por su nombre, aún no lo hago. Me hace sentir que pasó más tiempo del real. Gerónimo. Decirle papá me da esperanza de que vuelva. Pero ya pasaron seis meses.

El 21 de enero, él sufrió lo que escondía. Un tumor en el cerebro. Desde hace semanas se desmayaba en el trabajo, luego de un mes lo internaron.

Nos quedamos con mi abuela. Por una semana sentí lo que era ser él. No es agradable hacerse cargo de una nena de siete años y una señora, además de ir todos los días a ver como tu superhéroe se va derrumbando. Ese martes fui con un regalo. El espacio. Le llevé una foto de Saturno, la cual me pidió que la colocara en el respaldo de su cama.

Ese día había estado bastante bien, hasta vinieron Sofi y Carla. Todo cambió a la tarde, parecía un infierno en una habitación de hospital. Papá se había acostado a dormir la siesta, él nunca lo hacía, estaba mal. Para las seis de la tarde, vinieron enfermeras a despertarlo. Sacaron a Sofi de la habitación, no lo podía ver al rey de sus cuentos así. No respondía. Le gritamos, abrió los ojos, vió a la nena asomándose por la puerta con los ojos llorosos, me miró.

-Marcos cuidala, me voy a Saturno-

Aquel maldito día, mi mundo de niño de quince años terminó. Ese día conocí el mayor temor de cualquier pequeño: la realidad. Las dos semanas después del terrible acontecimiento fueron catastróficas. Estaba en shock, no podía expresar nada. Logré comprender la situación un mes después, cuando habría sido su cumpleaños. Fue la primera vez que

llore por él. Ahora que pasó un tiempo ya estamos mejor, mi abuela se vino a vivir con nosotros porque no teníamos quien nos cuidara. Mi mamá no existe y no podemos estar solos.

Tengo la piel de gallina. Me caen lágrimas que no me dejan ver. Alejo mi cabeza del telescopio y uso mis manos para tapanla con cierta vergüenza . No quiero que ellas me vean así.

Descargo todo el dolor. Cuando estoy listo vuelvo adentro. Me seco las lágrimas y agarro una manta. Respiro. Tengo que seguir. Por él y por mí. Salgo de nuevo, me acomodo. Acaricio el telescopio, **continuemos**.

Divagando entre las estrellas encuentro al planeta azul y me empieza a subir un calor por las venas: **Urano**. Este planeta guarda mi rencor y mi enojo por siempre. Era el único que ellos conocían.

Mis compañeros de colegio. ¿Qué puedo decir de ellos? Nada, absolutamente nada. No los conozco.

Desde chico me vieron como el raro. El que no hablaba, no jugaba, por estar leyendo libros. No me iba ni muy bien ni muy mal en el colegio, era normal, supongo. Lo único que hacía de “distinto” era cantar y leer, y ellos no perdían la oportunidad de remarcarlo.

Nadie me prestaba atención, y para mi eso estaba perfecto. Hasta que se dieron cuenta, yo era el primero en cumplir años. Me rogaron de todas las formas posibles que lo festejara. Y así lo hice, mi cumpleaños de doce, un baile.

Habíamos decorado la casa, estaba hermosa. Luego, cuando se acercaba el momento, sentí un mal presentimiento.

Ocurrió de la peor forma: cuando llegaban, algunos no recordaban mi nombre. Toda la noche me ignoraron, como siempre. Ellos querían una fiesta, no un niño queriendo cantar el “feliz cumpleaños”. Terminé llorando todo el fin de semana, y dándome cuenta que estoy solo. Solo con ellas.

Al final del curso, decidieron pedirme disculpas, aunque sabíamos que lo hacían más por ellos que por mí. Habían escuchado que me iba a cambiar de colegio. Todo ese verano estuve intentando convencer a mi papá de que me cambiara, ya que todos iban a ir juntos al secundario. No pudimos hacer nada, porque las inscripciones para otras escuelas ya habían finalizado. Tuve que verlos de nuevo, pero ellos no me vieron igual. Al parecer, ese verano la pubertad había hecho buenos cambios en mi aspecto. Quisieron que me una a su grupo, pero preferí hacerme amigo de los nuevos, ellos son todos los que necesito. Como me iba a hacer amigo de los que me trataron mal toda mi infancia. No soy el tipo de chico que hace como que nada pasa. Los perdoné, si, pero no me olvidé de como me hicieron sentir.

Mientras alejaba mi mente del planeta gaseoso me llegó un mensaje, Lara.

“¿Cómo están hoy?”

Ella era la única que sabía de mi afición por las estrellas.

“Hermosas” Respondí.

Hoy no había una mejor palabra para describirlas.

Después de mirar por un buen rato mis constelaciones favoritas decido observar el mejor satélite de todos: mi querida Luna. Esta vez prefiero empezar viéndola con mis propios ojos. Muevo el telescopio al lado mío y dejo caer mi cabeza en el respaldo mirándola fijamente. Hoy está en luna llena, blanca con sus pequeñas manchas grises. Estoy esperando a que llegue su recuerdo, uno tan especial que la ayude a mover los mares.

Desde acá se ve tan chica, delicada pero soportó muchos golpes, de todo tipo. Parece sola, vacía, aunque de a poco la vamos llenando. Luego de admirarla por un rato, decido usar el compañero

de papá. Coloco su cuerpo brillante apuntando directo a ella. Magnífica. Veo un pequeño cráter y decido acercarme a él. Ahí está el pequeño, amor.

Toda mi vida soñé con una historia romántica de película. No específicamente una princesa que necesita rescate. Si no una mujer empoderada que sea mi par para la eternidad. Como en Star Wars, Han y Leia.

Pero lo único que no pensé es que podría ser Han y Leo.

Hace un año, en tercero de secundaria entraron a mi clase varias personas nuevas, entre ellos llegó Iván, un chico rubio, petiso, el cual se sentó junto a mí ya que era el único asiento libre.

Normalmente me hubiese sentado con Lara, pero ella decidió hacerme una especie de broma, así que ella estaba sentada delante de él. Desde que rompimos el hielo nos hicimos amigos los tres y luego se nos sumó la compañera de banco de mi amiga, Rocío. Salíamos juntos, venían a casa y yo iba a la de ellos, por fin tenía mi grupo de amigos. Éramos felices y el año pasó sin que nos diéramos cuenta.

En el verano las cosas comenzaron a cambiar. No puedo decir que fue malo, pues fue de los mejores. Nos solíamos juntar entre semana para ir a la pileta de Rochi, pero un día que habíamos arreglado, las dos chicas cancelaron sin dar explicaciones. Entonces decidimos juntarnos nosotros en su casa. Después de almorzar decidimos ir a su habitación. No recuerdo como terminamos los dos tirados en el piso leyendo historias en el celular con nuestras manos acariciando el brazo del otro. Desde ese día nuestra amistad fue más incómoda de lo normal, aunque al paso del tiempo mejoró.

Tuvimos dos veces en las que quedamos tan cerca que sentíamos la respiración del otro pero no pudimos hacer lo que realmente queríamos (o al menos yo no) porque estábamos en el colegio. Y a partir de ese momento noté, que toda mi vida quise un compañero. No sé si él lo vaya a ser, pero me hace sentir importante, que no soy otra estrella.

El último tiempo, nuestra relación se acercó gracias al asunto con mi papá. Él me acompaña, me sostiene. Puedo llamarlo a cualquier hora y él va a estar ahí. A veces se queda a dormir, para que no me sienta solo. Es todo lo que necesito para subsistir, ese poquito de cariño diario.

Por él me levanto, voy al colegio, con una sonrisa en la mente y otra en la cara. No quiero arruinar la amistad, no quiero que se aleje, no quiero que él también se vaya. En algún momento lo voy a tener que hablar, pero espero poder aguantar lo más que pueda hasta que sepa que decir. Que soy. Quien soy.

Mientras imagino cientos de escenarios posibles junto a él siento una sensación extraña en el estómago. Como un movimiento muy agradable. Algunos dirían que es que estoy enamorado, yo creo que es hambre ya que no cené pero no es molesta.

Suenan mis auriculares indicando una llamada. Es él, como si supiera lo que estoy pensando dice:

-No sé qué haces despierto a esta hora...-

Prendo la pantalla y me doy cuenta que son las 3am. Me río para mí.

-...pero mañana nos vemos en la plaza. Necesito decirte algo. Chau.-

No me dio tiempo a contestar ya que cortó. Una sensación que no podría describir recorrió mi cuerpo. Mañana es sábado, puedo ir. Le mando un mensaje "En la plaza a las doce". Otra oleada de la misma energía me atraviesa. Esto se puede hacer adictivo.

Decidí irme a dormir. Ya había recorrido mucho por hoy. Guardé el telescopio y entre la silla. Me preparé mentalmente para mañana “Puede ser algo muy bueno. Tene fé” me dije. Ya acostado en la cama miré por el balcón una vez más el enorme espacio. **El show terminó.**

